

Lev Tolstói

La muerte de Iván Ilich Jadzhí Murat

Versión directa del ruso y notas preliminares
de Juan López-Morillas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Títulos originales: *Smert Ivana Ilicha. Hadzhí Murat*

Primera edición: 1995

Cuarta edición: 2011

Decimosegunda reimpresión, revisada: 2024

Revisión de la transcripción del ruso: Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Thomas King, *Retrato de John Harrison* (detalle). © SSPL/
Science Museum via Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas preliminares: Frances López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7433-9

Depósito legal: M. 43.788-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

La muerte de Iván Ilich

- 11 Nota preliminar, por J. López-Morillas
- 15 Uno
- 28 Dos
- 40 Tres
- 51 Cuatro
- 62 Cinco
- 68 Seis
- 73 Siete
- 80 Ocho
- 90 Nueve
- 95 Diez
- 99 Once
- 104 Doce

Jadzhí Murat

- 111 Nota preliminar por J. López-Morillas
- 115 [Preludio]
- 119 Uno
- 129 Dos
- 136 Tres
- 143 Cuatro
- 150 Cinco
- 159 Seis

| | |
|-----|--|
| 167 | Siete |
| 171 | Ocho |
| 177 | Nueve |
| 185 | Diez |
| 192 | Once |
| 199 | Doce |
| 205 | Trece |
| 213 | Catorce |
| 219 | Quince |
| 237 | Dieciséis |
| 245 | Diecisiete |
| 248 | Dieciocho |
| 254 | Diecinueve |
| 263 | Veinte |
| 271 | Veintiuno |
| 278 | Veintidós |
| 284 | Veintitrés |
| 291 | Veinticuatro |
| 298 | Veinticinco |
| 311 | Glosario de vocablos no rusos empleados por Tolstói sin traducir |

La muerte de Iván Ilich

Nota preliminar

Como a menudo acontece en otras obras de Tolstói, *La muerte de Iván Ilich* (1884-1886) tuvo como punto de arranque un incidente en la vida real. Un magistrado del tribunal de Tula, Iván Ilich Méchnikov, había muerto de cáncer abdominal en 1881; y un hermano del difunto fue quien dio cuenta a Tolstói de los horribles sufrimientos que habían precedido a su muerte. El relato impresionó tan vivamente a Tolstói que al punto comenzó a «imaginar» una obra en la que el personaje principal fuese un juez de tribunal provincial, hombre que a la intachable probidad en su profesión agregaba en su vida personal la honradez, la afebilidad y una clara afición al bienestar físico y moral.

En realidad, la obra imaginada, que no habría de ser muy larga, sufrió varias interrupciones y alteraciones durante los dos años que duró su composición. Al principio, Tolstói la concibió como un diario personal que llevaría como título *La muerte de un juez*. Pero pronto cayó

en la cuenta de que, así pensada, la narrativa tropezaba con inconvenientes insuperables. ¿Cómo era posible que un enfermo agonizante pudiera dejar por escrito constancia de sus padecimientos físicos y espirituales? Así pues, Tolstói decidió redactar la obra en tercera persona, como narrador omnisciente que no sólo *percibe* los actos visibles de su personaje, sino que bucea en la conciencia de éste y concibe la invisible y compleja trama de su íntimo ser, de su pensar, sentir y, sobre todo, sufrir.

Con esta decisión, acertada a la par que insoslayable, Tolstói dio pie a quienes en su tiempo, sin dejar de admirarle, le acusaban de manipular en demasía a sus personajes –por supuesto, a los de todas sus obras de ficción–, quienes, según esa opinión, responden no tanto a lo que pudiera intuirse plausiblemente de su armazón psíquica como a lo que, con fines más o menos catequísticos, les impone su creador. Es ésta una interpretación que ha cundido en ciertos sectores de la crítica moderna, y cabe añadir que esa crítica, cuanto más moderna, más censoria ha sido en este particular.

Pero aparte de que todo autor de ficciones «manipula» a sus personajes, sería ardua tarea probar que tal «manipulación» mengua indefectiblemente el significado y mérito de una obra de arte, dando por supuesto que no se trate de utilizar la creación artística como pretexto para abogar descaradamente en pro de una creencia o doctrina. En el caso concreto de Tolstói, piénsese en *Anna Karénina*, que es un dechado de solapada «manipulación»; y serán pocos los que nieguen que se trata de una obra maestra de ficción narrativa. Por otra parte, piénsese –seguimos con Tolstói– en *La sonata a Kreutzer*,

que es un patente alegato antifeminista de dudoso valor artístico.

La muerte de Iván Ilich es la historia de un hombre común y corriente que en su persona y profesión aspira sobre todo a «sentirse cada vez más a gusto» –aspiración general de la llamada clase media–, sin otros sinsabores que los mínimos que inevitablemente concurren en toda vida humana. Y poco a poco su aspiración va convirtiéndose en realidad hasta que un accidente, al parecer sin importancia, provoca una dolencia física que los médicos no aciertan a diagnosticar con exactitud y curar y que, al seguir empeorando, causa al paciente dolores cada vez más insoportables y, finalmente, la muerte.

Pero es cabalmente el intolerable dolor físico y la espeluznante intuición de la muerte cercana lo que empuja a Iván Ilich a un inmisericorde examen de conciencia, a revisar en un gradual regreso mental a su infancia las diversas etapas de su vida. Tal revisión le persuade de que, de hecho, su vida ha sido «mal vivida» –como, a decir verdad, lo ha sido también la de sus familiares y colegas–, y que lo que con tanto ahínco y apremio había deseado alcanzar en sus diversas funciones de juez, marido, padre de familia y ente social había sido un espejismo o una voluntaria y falsa percepción de la realidad, peor aún, una fruslería.

El texto traducido es el del tomo X de L. N. Tolstói, *Sobranie sochinenii*, Moscú, Gosudárstvennoye Izdátelstvo Judózhestvennoi Literatury, 1958.

Juan López-Morillas

Uno

Durante una pausa en el proceso Melvinski, en el vasto edificio de la Audiencia, los miembros del tribunal y el fiscal se reunieron en el despacho de Iván Yegórovich Shebek y empezaron a hablar del célebre asunto Kravovski. Fiódor Vasílievich declaró acaloradamente que no entraba en la jurisdicción del tribunal, Iván Yegórovich sostuvo lo contrario, en tanto que Piotr Ivánovich, que no había entrado en la discusión al principio, no tomó parte en ella y echaba una ojeada a la *Gaceta* que acababan de entregarle.

—¡Señores! —exclamó—. ¡Iván Ilich ha muerto!

—¿De veras?

—Ahí está. Léalo —dijo a Fiódor Vasílievich, alargándole el periódico que, húmedo, olía aún a la tinta reciente.

Enmarcada en una orla negra figuraba la siguiente noticia: «Con profundo pesar Praskovia Fiódorovna Goloviná comunica a sus parientes y amigos el fallecimiento

de su amado esposo Iván Ilich Golovín, miembro del Tribunal de Justicia, ocurrido el 4 de febrero de este año de 1882. El traslado del cadáver tendrá lugar el viernes a la una de la tarde».

Iván Ilich había sido colega de los señores allí reunidos y muy apreciado de ellos. Había estado enfermo durante algunas semanas y de una enfermedad que se decía incurable. Se le había reservado el cargo, pero se conjeturaba que, en caso de que falleciera, se nombraría a Alekséyev para ocupar la vacante, y que el puesto de Alekséyev pasaría a Vínnikov o a Shtábel. Así pues, al recibir la noticia de la muerte de Iván Ilich lo primero en que pensaron los señores reunidos en el despacho fue en lo que esa muerte podría acarrear en cuanto a cambios o ascensos entre ellos o sus conocidos.

«Ahora, de seguro, obtendré el puesto de Shtábel o de Vínnikov –se decía Fiódor Vasílievich–. Me lo tienen prometido desde hace mucho tiempo; y el ascenso me supondrá una subida de sueldo de ochocientos rublos, sin contar la bonificación.»

«Ahora es preciso solicitar que trasladen a mi cuñado de Kaluga –pensaba Piotr Ivánovich–. Mi mujer se pondrá muy contenta. Ya no podrá decir que no hago maldita la cosa por sus parientes.»

–Yo ya me figuraba que no se levantaría de la cama –dijo en voz alta Piotr Ivánovich–. ¡Lástima!

–Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que tenía?

–Los médicos no pudieron diagnosticar la enfermedad; mejor dicho, sí la diagnosticaron, pero cada uno de manera distinta. La última vez que lo vi pensé que estaba mejor.

—¡Y yo, que no pasé a verlo desde las vacaciones! Aunque siempre estuve por hacerlo.

—Y qué, ¿ha dejado algún capital?

—Por lo visto su mujer tenía algo, pero sólo una cantidad ínfima.

—Bueno, habrá que visitarla. ¡Aunque hay que ver lo lejos que viven!

—O sea, lejos de usted. De usted todo está lejos.

—Ya ve que no me perdona que viva al otro lado del río —dijo sonriendo Piotr Ivánovich a Shebek. Y hablando de las grandes distancias entre las diversas partes de la ciudad volvieron a la sala del tribunal.

Aparte de las conjeturas sobre los posibles traslados y ascensos que podrían resultar del fallecimiento de Iván Ilich, el sencillo hecho de enterarse de la muerte de un allegado suscitaba en los presentes, como siempre ocurre, una sensación de complacencia, a saber: «El muerto es él; no soy yo».

Cada uno de ellos pensaba o sentía: «Pues sí, él ha muerto, pero yo estoy vivo». Los conocidos más íntimos, los amigos de Iván Ilich, por así decirlo, no podían menos de pensar también que ahora habría que cumplir con el muy fastidioso deber, impuesto por el decoro, de asistir al funeral y hacer una visita de pésame a la viuda.

Los amigos más allegados habían sido Fiódor Vasílievich y Piotr Ivánovich. Piotr Ivánovich había estudiado Leyes con Iván Ilich y consideraba que le estaba agradecido.

Habiendo dado a su mujer durante la comida la noticia de la muerte de Iván Ilich y cavilando sobre la posibilidad de trasladar a su cuñado a su partido judicial,

Piotr Ivánovich, sin dormir la siesta, se puso el frac y fue a casa de Iván Ilich.

A la entrada vio una carroza y dos trineos de punto. Abajo, junto a la percha del vestíbulo, estaba apoyada en la pared la tapa del féretro cubierta de brocado y adornada de borlas y galones recién lustrados. Dos señoras de luto se quitaban los abrigos. Piotr Ivánovich reconoció a una de ellas, hermana de Iván Ilich, pero la otra le era desconocida. Su colega, Schwartz, bajaba en ese momento, pero al ver entrar a Piotr Ivánovich desde el escalón de arriba, se detuvo e hizo un guiño como para decir: «Valiente lío ha armado Iván Ilich; a usted y a mí no nos pasaría lo mismo».

El rostro de Schwartz con sus patillas a la inglesa y su cuerpo flaco embutido en el frac tenía su habitual aspecto de elegante solemnidad que no cuadraba con su carácter jocosos, que ahora y en ese lugar tenía especial enjundia; o así le pareció a Piotr Ivánovich.

Piotr Ivánovich dejó pasar a las señoras y tras ellas subió despacio la escalera. Schwartz no bajó, sino que permaneció donde estaba. Piotr Ivánovich sabía por qué: porque quería concertar con él dónde jugarían a las cartas esa noche. Las señoras subieron a reunirse con la viuda, y Schwartz, con labios severamente apretados y ojos retozones, indicó a Piotr Ivánovich levantando una ceja el aposento a la derecha donde se encontraba el cadáver.

Como sucede siempre en ocasiones semejantes, Piotr Ivánovich entró sin saber a punto fijo lo que tenía que hacer. Lo único que sabía era que en tales circunstancias no estaría de más santiguarse. Pero no estaba enteramente seguro de si además de eso había que hacer tam-

bién una reverencia. Así pues, adoptó un término medio. Al entrar en la habitación empezó a santiguarse y a hacer como si fuera a inclinarse. Al mismo tiempo, en la medida en que se lo permitían los movimientos de la mano y la cabeza, examinó la habitación. Dos jóvenes, sobrinos al parecer –uno de ellos estudiante de secundaria–, salían de ella santiguándose. Una anciana estaba de pie, inmóvil, mientras una señora de cejas curiosamente arqueadas le decía algo al oído. Un sacristán vigoroso y resuelto, vestido de levita, leía algo en alta voz con expresión que excluía toda réplica posible. Guerásim, ayudante del mayordomo, cruzó con paso ingrátido por delante de Piotr Ivánovich esparciendo algo por el suelo. Al ver tal cosa, Piotr Ivánovich notó al momento el ligero olor de un cuerpo en descomposición. En su última visita a Iván Ilich, Piotr Ivánovich había visto a Guerásim en el despacho; hacía el papel de enfermero e Iván Ilich le tenía mucho aprecio. Piotr Ivánovich continuó santiguándose e inclinándose levemente la cabeza en una dirección intermedia entre el cadáver, el sacristán y los iconos expuestos en una mesa en el rincón. Más tarde, cuando le pareció que el movimiento del brazo al hacer la señal de la cruz se había prolongado más de lo conveniente, cesó de hacerlo y se puso a mirar el cadáver.

El muerto yacía, como siempre yacen los muertos, de manera especialmente grávida, con los miembros rígidos hundidos en los blandos cojines del ataúd y con la cabeza sumida para siempre en la almohada. Al igual que suele ocurrir con los muertos, abultaba su frente, amarilla como la cera y con rodiles calvos en las sienas hundidas, y sobresalía su nariz como si hiciera presión sobre el

labio superior. Había cambiado mucho y enflaquecido aún más desde la última vez que Piotr Ivánovich lo había visto; pero, como sucede con todos los muertos, su rostro era más agraciado y, sobre todo, más expresivo de lo que había sido en vida. La expresión de ese rostro quería decir que lo que hubo que hacer quedaba hecho y bien hecho. Por añadidura, ese semblante expresaba un reproche y una advertencia para los vivos. A Piotr Ivánovich esa advertencia le parecía inoportuna o, por lo menos, inaplicable a él. Y como no se sentía a gusto se santiguó de prisa una vez más, giró sobre los talones y se dirigió a la puerta —demasiado a la ligera según él mismo reconocía, y de manera contraria al decoro.

Schwartz, con los pies separados y las manos a la espalda, le esperaba en la habitación de paso jugando con el sombrero de copa. Una simple mirada a esa figura jocosa, pulcra y elegante bastó para refrescar a Piotr Ivánovich. Diose éste cuenta de que Schwartz estaba por encima de todo aquello y no se rendía a ninguna influencia deprimente. Su mismo aspecto sugería que el incidente del funeral de Iván Ilich no podía ser motivo suficiente para juzgar infringido el orden del día, o, dicho de otro modo, que nada podría impedirle abrir y barajar un mazo de naipes esa noche, mientras un criado colocaba cuatro nuevas bujías en la mesa; que, en realidad, no había por qué suponer que ese incidente pudiera estorbar que pasaran la velada muy ricamente. Dijo esto en un susurro a Piotr Ivánovich cuando pasó junto a él, proponiéndole que se reuniesen a jugar en casa de Fiódor Vasílievich. Pero, por lo visto, Piotr Ivánovich no estaba destinado a jugar al *vint* esa noche. Praskovia Fiódorov-

na (mujer gorda y corta de talla que, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, había seguido ensanchándose de los hombros para abajo y tenía las cejas tan extrañamente arqueadas como la señora que estaba junto al féretro), toda de luto, con un velo de encaje en la cabeza, salió de su propio cuarto con otras señoras y, acompañándolas a la habitación en que estaba el cadáver, dijo:

–El oficio comenzará en seguida. Entren, por favor.

Schwartz, haciendo una imprecisa reverencia, se detuvo, al parecer sin aceptar ni rehusar tal invitación. Praskovia Fiódorovna, al reconocer a Piotr Ivánovich, suspiró, se acercó a él, le tomó una mano y dijo:

–Sé que fue usted un verdadero amigo de Iván Ilich... –y le miró, esperando de él una respuesta apropiada a esas palabras.

Piotr Ivánovich sabía que, por lo mismo que había sido necesario santiguarse en la otra habitación, era aquí necesario estrechar esa mano, suspirar y decir: «Créame...». Y así lo hizo. Y habiéndolo hecho, tuvo la sensación de que se había conseguido el propósito deseado: ambos se sintieron conmovidos.

–Venga conmigo. Necesito hablarle antes de que empiece –dijo la viuda–. Deme su brazo.

Piotr Ivánovich le dio el brazo y se encaminaron a las habitaciones interiores, pasando junto a Schwartz, que hizo un guiño pesaroso a Piotr Ivánovich. «Ahí se queda nuestro *shint*. No se ofenda si encontramos a otro jugador. Quizá podamos ser cinco cuando usted se escape», decía su mirada juguetona.

Piotr Ivánovich suspiró aún más honda y tristemente y Praskovia Fiódorovna, agradecida, le dio un apretón en

el brazo. Cuando llegaron a la sala tapizada de cretona color de rosa y alumbrada por una lámpara mortecina, se sentaron a la mesa: ella en un sofá y él en una otomana baja cuyos muelles se resintieron convulsamente bajo su cuerpo. Praskovia Fiódorovna estuvo a punto de advertirle que tomara otro asiento, pero juzgando que tal advertencia no correspondía debidamente a su condición actual cambió de aviso. Al sentarse en la otomana Piotr Ivánovich recordó que Iván Ilich había arreglado esa habitación y le había consultado acerca de la cretona color de rosa con hojas verdes. Al ir a sentarse en el sofá (la sala entera estaba repleta de muebles y chucherías) el velo de encaje negro de la viuda quedó enganchado en el entallado de la mesa. Piotr Ivánovich se levantó para desengancharlo, y los muelles de la otomana, liberados de su peso, se levantaron a la par que él y le dieron un empujón. La viuda, a su vez, empezó a desenganchar el velo y Piotr Ivánovich volvió a sentarse, comprimiendo de nuevo la indócil otomana. Pero la viuda no se había desasido por completo y Piotr volvió a levantarse, con lo que la otomana volvió a sublevarse e incluso a emitir crujidos. Cuando acabó todo aquello la viuda sacó un pañuelo de batista limpio y empezó a llorar. Pero el lance del velo y la lucha con la otomana habían enfriado a Piotr Ivánovich, quien permaneció sentado con cara de vinagre. Esta situación embarazosa fue interrumpida por Sokolov, el mayordomo de Iván Ilich, quien vino con el aviso de que la parcela que en el cementerio había escogido Praskovia Fiódorovna costaría doscientos rublos. Ella cesó de llorar y mirando a Piotr Ivánovich con ojos de víctima le hizo saber en francés lo penoso que le resultaba todo aquello. Piotr Ivá-

novich, con un ademán tácito, confirmó que indudablemente no podía ser de otro modo.

–Fume, por favor –dijo ella con voz a la vez magnánima y quebrada; y se volvió para hablar con Sokolov del precio de la parcela para la sepultura.

Mientras fumaba, Piotr Ivánovich le oyó preguntar muy detalladamente por los precios de diversas parcelas y decidir al cabo con cuál de ellas se quedaría. Sokolov salió de la habitación.

–Yo misma me ocupo de todo –dijo ella a Piotr Ivánovich apartando a un lado los álbumes que había en la mesa. Y al notar que con la ceniza del cigarrillo esa mesa corría peligro le alargó al momento un cenicero a la par que decía–: Considero que es afectación decir que la pena me impide ocuparme de asuntos prácticos. Al contrario, si algo puede... no digo consolarme, sino distraerme, es lo concerniente a él.

Volvió a sacar el pañuelo como si estuviera a punto de llorar, pero de pronto, como sobreponiéndose, se sacudió y empezó a hablar con calma:

–Hay algo, sin embargo, de que quiero hablarle.

Piotr Ivánovich se inclinó, pero sin permitir que se amotinassen los muelles de la otomana, que ya habían empezado a vibrar bajo su cuerpo.

–En estos últimos días ha sufrido terriblemente.

–¿De veras? –preguntó Piotr Ivánovich.

–¡Oh, sí, terriblemente! Estuvo gritando sin cesar, y no durante minutos, sino durante horas. Tres días seguidos estuvo gritando sin parar. Era intolerable. No sé cómo he podido soportarlo. Se le podía oír con tres puertas de por medio. ¡Ay, cuánto he sufrido!

—¿Pero es posible que estuviera consciente durante ese tiempo? —preguntó Piotr Ivánovich.

—Sí —murmuró ella—. Hasta el último momento. Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de morir y hasta dijo que nos llevaríamos a Volodia de allí.

El pensar en los padecimientos de un hombre a quien había conocido tan íntimamente, primero como chicuelo alegre, luego como condiscípulo y más tarde, ya crecido, como colega horrorizó de pronto a Piotr Ivánovich, a pesar de tener que admitir con desgana que tanto él como esa mujer estaban fingiendo. Volvió a ver esa frente y esa nariz que hacía presión sobre el labio, y tuvo miedo.

«¡Tres días de horribles sufrimientos y luego la muerte! ¡Pero si eso puede también ocurrirme a mí de repente, ahora mismo!», pensó, y durante un momento quedó espantado. Pero en seguida, sin saber por qué, vino en su ayuda la noción habitual, a saber, que eso le había pasado a Iván Ilich y no a él, que eso no debería ni podría pasarle a él, y que pensar de otro modo sería dar pie a la depresión, cosa que había que evitar, como demostraba claramente el rostro de Schwartz. Y habiendo reflexionado de esa suerte, Piotr Ivánovich se tranquilizó y empezó a pedir con interés detalles de la muerte de Iván Ilich, ni más ni menos que si esa muerte hubiese sido un accidente propio sólo de Iván Ilich, pero en ningún caso de él.

Después de dar varios detalles acerca de los dolores físicos realmente horribles que había sufrido Iván Ilich (detalles que Piotr Ivánovich pudo calibrar sólo por su efecto en los nervios de Praskovia Fiódorovna), la viuda al parecer juzgó necesario entrar en materia.

—¡Ay, Piotr Ivánovich, qué angustioso! ¡Qué terriblemente angustioso, qué terriblemente angustioso! —Y de nuevo rompió a llorar.

Piotr Ivánovich suspiró y aguardó a que ella se limpiase la nariz. Cuando lo hizo, dijo él:

—Créame... —y ella empezó a hablar otra vez de lo que claramente era el asunto principal que con él quería ventilar, a saber, cómo podría obtener dinero del fisco con motivo de la muerte de su marido. Praskovia Fiódorovna hizo como si pidiera a Piotr Ivánovich consejo acerca de su pensión, pero él vio que ella ya sabía eso hasta en sus más mínimos detalles, mucho más de lo que él sabía; que ella ya sabía todo lo que se le podía sacar al fisco a consecuencia de esa muerte; y que lo que quería saber era si se le podía sacar más. Piotr Ivánovich trató de pensar en algún medio para lograrlo, pero tras dar vueltas al caso y, por cumplir, criticar al gobierno por su tacañería, dijo que, a su parecer, no se podía obtener más. Entonces ella suspiró y evidentemente empezó a buscar el modo de deshacerse de su visitante. Él se dio cuenta de ello, apagó el cigarrillo, se levantó, estrechó la mano de la señora y salió a la antesala.

En el comedor, donde estaba el reloj que tanto gustaba a Iván Ilich, quien lo había comprado en una tienda de antigüedades, Piotr Ivánovich encontró a un sacerdote y a unos cuantos conocidos que habían venido para asistir al oficio, y vio también a la hija joven y guapa de Iván Ilich, a quien ya conocía. Estaba de luto riguroso, y su cuerpo delgado parecía aún más delgado que nunca. La expresión de su rostro era sombría, denodada, casi iracunda. Saludó a Piotr Ivánovich como si él tuviera la culpa de